

Incertidumbres que obligan a nuevas miradas

Cualquier recorrido que realicemos por la teoría social nos permitirá observar diversos intentos por caracterizar y hasta establecer preceptos de comportamiento individual o colectivo encaminados a pensar sobre los órdenes sociales existentes y, en gran parte de los casos, posibles mejoras o directas construcciones de nuevos ordenamientos para generar condiciones de vida más ventajosas para quienes habitamos el planeta.

En este sentido, dos tendencias contradictorias marcaron los orígenes de la teoría social: por un lado, la que pensaba en la existencia de órdenes naturales, producidos por el propio devenir de la existencia humana y de la propia naturaleza de la sociedad, sin posibilidades de transformaciones producidas por la voluntad humana que modifiquen el tránsito indeterminado de un orden a otro; y, por otro lado, quienes, aun considerando inexorable la existencia de distintas etapas en el desarrollo de la sociedad, creían que esa determinación no anulaba el papel de los individuos, como protagonistas de transformaciones que encaminaran a la sociedad a órdenes más justos o equitativos que el vigente en cada momento de la historia.

De todos modos, la finitud humana atenta contra la posibilidad de que alguno de esos teóricos pueda comprobar si sus respectivas concepciones sobre el futuro de la sociedad finalmente se verían plasmadas. Aun cuando la validez de las teorías fuera confirmada por su correspondiente comprobación científica, la comprobación empírica es mezquina en el corto plazo. Entonces, el largo plazo tiñe a cualquier predicción teórica con una pátina de inevitable incertidumbre. Asimismo, la existencia de diversas teorías contrapuestas refuerza esta condición incierta de la conformación y el futuro de las sociedades.

De cualquier manera, hasta la actualidad, las grandes transformaciones sociales se produjeron en tiempos relativamente distanciados uno de otro, estableciendo períodos de estabilidad en los interregnos, en los cuales las incertidumbres podían alcanzar cierto grado de morigeración.

Pero, la actualidad está signada por profundos cambios (tecnológicos, de consumo, en la apropiación del capital, en la representación social, etc.), producidos cada vez a mayor velocidad y en direcciones contrapuestas, dando como resultados sociedades cada vez más

complejas y de muy difícil caracterización global. Esto hace que lo incierto deje de ser excepción para convertirse en una regla. Si nuestro rol, como científicos sociales o como personas que reflexionan acerca de la deriva de lo social, es caracterizar lo que ocurre con las sociedades y, a partir de ello, proponer políticas o ejes de análisis a partir de los cuales dichas políticas sean desarrolladas, un desafío principal es tratar de entender, de la manera más certera posible, cuáles son los fundamentos de dichos cambios, sobre qué basamento social, cultural, político y económico se asientan, quiénes son los actores en pugna en torno a esos cambios y cuáles son sus posiciones y expectativas, qué efectos serán duraderos y cuáles serán pasajeros, etc.

De todas formas, podemos iniciar acá una breve caracterización de algunos aspectos de esa realidad compleja de nuestras sociedades.

En primer lugar, podemos decir que somos testigos privilegiados de un planeta que parece retorcerse y vibrar sobre su propio eje, como si respondiera enfurecido a una humanidad que no deja de lastimarlo permanentemente. Mediante esta figura tratamos de representar el comportamiento de nuestro planeta que no deja de producir transformaciones en su interior y en su superficie que dan lugar a desastres naturales, cuyos primeros y más cercanos efectos tienen como víctimas a los grupos sociales cercanos a ellos, que generalmente corresponden a los sectores más postergados de cada sociedad y del mundo entero. Esto hace que, si, por un lado, no se puede o no se logra controlar el deterioro ambiental

que induce esos desastres o, cuando estos últimos son causados por fenómenos naturales del planeta, pero no se generan los mecanismos necesarios para neutralizar sus efectos sobre las poblaciones cercanas, la posibilidad de pensar órdenes perdurables resulta cada vez más dificultosa o, por lo menos, vana.

Un mundo que, además, nos muestra, en forma descarada y obscena, como la fortuna combinada de las 26 personas más ricas del mundo equivale a la riqueza total de los 3.800 millones de personas más pobres. Condiciones bajo las cuales, cualquier idea de “orden” social adquiere inmediatamente el carácter de utopía. El capitalismo se ha autonomizado de tal forma que feudalizó la obtención de la riqueza y reprodujo, en forma constante, un grado de inequidad tal que parece imposible revertir con las estrategias pensadas por los teóricos que interpretaron tanto su origen como sus primeros tiempos de expansión y desarrollo.

En la pequeña porción del universo que conocemos de manera más certera y cercana y, fundamentalmente, a partir de lo que sabemos sobre el comportamiento de sus habitantes, en esto que convencionalmente decidimos llamar planeta tierra, podemos inferir que un hábito de esos habitantes es la búsqueda de mecanismos para vivir más y mejor, para lo cual, encontró en el capitalismo su mejor aliado, ya que este sistema es el que más y mejor alimento consigue para ese comportamiento insaciable. Alimento que, a su vez, se produce y reproduce a partir de un factor muy excitante para la humanidad: el desarrollo tecnológico. Pero, paradójicamente, al

mismo tiempo que esa vida más prolongada y de mejor calidad se obtiene (por lo menos para las capas más acomodadas de las grandes ciudades), gracias al desarrollo de nuevos medicamentos, tecnologías que permiten intervenciones quirúrgicas que posibilitan salvar vidas, sistemas informáticos que democratizan el conocimiento, ampliando la posibilidad de informarnos y comunicarnos en tiempo real a lo largo y a lo ancho del mundo, medios de comunicación que acortan nuestros viajes y amplían nuestras perspectivas vitales, etc., la producción interminable contamina de tal manera la naturaleza que termina amenazando vastas regiones de la naturaleza a su directa y dramática destrucción. Si la máquina fue el signo del progreso que ilusionó a los grandes teóricos sociales, a un lado y otro del espectro ideológico, esa máquina se transformó en un arma destructora de muy difícil control (dicho de mejor manera: “muy difícil control de quienes las diseñan y utilizan”). La promesa de la libertad humana, producida y facilitada por las tecnologías del mañana parece haberse convertido en la constante pesadilla del ahora.

Pero, más allá de estos cambios, muchas sociedades comenzaron a mirarse hacia adentro, para reflexionar y cuestionar las formas en que se planteaban las relaciones entre sus miembros y, desde allí, sus propias estructuras. En este sentido, empiezan a producirse cambios sustanciales en la distribución de roles entre los varones y las mujeres. El movimiento de mujeres en Argentina es protagonista principal de estas transformaciones, encabezando una lucha que trasciende las fronteras na-

cionales y que, seguramente implicará sustanciales transformaciones en dicha distribución de roles y, desde allí en muchas otras formas de relación social, no solamente relacionadas con el lugar de la mujer.

Posiblemente, estas últimas transformaciones tengan también consecuencias en la representación política, actualmente también en crisis. Si, desde la teoría política clásica a la actualidad y asimismo, como fruto de la experiencia misma de las distintas sociedades, quedaban demostradas las virtudes del sistema democrático de gobierno que, aún con sus imperfecciones, se presentaba como el más eficiente e igualitario de los sistemas políticos, la dinámica actual de muchas democracias comienza a poner en cuestión varios de sus fundamentos. Si bien ya había sucedido, en otro momento de la historia, que la derecha antidemocrática y fascista, alcance el poder por la vía democrática, las posteriores consecuencias de ese acontecimiento, para una parte importante de la humanidad, parecieron generar los anticuerpos suficientes para que eso no vuelva a suceder. Sin embargo, las últimas elecciones en algunos países europeos y en Estados Unidos tienden a demostrar lo contrario, ya que varios liderazgos con fuertes signos xenófobos no sólo alcanzan altos índices de votación y llegan a ocupar lugares expectantes en el poder, sino que alcanzan las primeras magistraturas. Muy posiblemente, el descrédito de gran parte de la clase política que participa de los partidos democráticos, vinculado a los malos resultados económicos de sus gestiones y las fuertes inequidades sociales producidas por

dichas administraciones, tuvo, como directa consecuencia, su respuesta en el descrédito de la política y en el aumento del número de votos de los líderes de los grupos de tintes fascistas.

Por su parte, es necesario tener en cuenta un factor fuertemente relacionado con lo mencionado en el párrafo anterior. Aquello que normalmente es denominado como “el poder del mercado” es presentado por los economistas del establishment como una fuerza natural que, dejada en absoluta libertad, actuaría en forma virtuosa sobre la economía de los países, generando inmediato crecimiento, impulsando la inversión, desarrollando la producción nacional, haciendo aumentar el empleo y, consiguientemente, mejorando la distribución de la riqueza. Pero, la experiencia concreta no necesariamente demuestra esta hipótesis, ya que ese poder del mercado, en los países donde sus gobernantes prestaron fiel atención a esos economistas y siguieron obedientemente sus consejos, el bienestar no fue su consecuencia. Muy por el contrario, los padecimientos de sus poblaciones fueron en ascenso año tras año, con las tasas de desocupación, pobreza e indigencia más altas de la historia. A pesar de experiencias anteriores, hoy, bajo la dirección y el control de los organismos internacionales de crédito y con la determinación de planes económicos que se presentan como “la única alternativa posible”, varios países (entre ellos el nuestro) ponen sus economías al servicio de la especulación financiera internacional, privatizan sus empresas públicas y/o liquidan a precio vil sus recursos naturales para hacer frente a enormes deudas

contraídas a favor de esos mismos organismos que, a su vez, continúan recomendando las mismas políticas, con la excusa de que al final del camino, cuando gracias a ellas, la economía nacional sea saneada de los males provocados por gobiernos intervencionistas, mágicamente llegará la felicidad. Esas políticas concluyen por vaciar al país de riquezas, hacen perder el valor de sus monedas y, desde allí, debilitan fuertemente su soberanía económica, reduciendo o prácticamente anulando derechos de los trabajadores, quitándoles poder a los estados nacionales y, en definitiva, sometiendo a sus gobiernos a los designios de las economías más poderosas del planeta. Así, mientras las riquezas mundiales se concentran en menos manos, los gobiernos de los países menos poderosos se transforman en lacayos de las familias que protagonizan esa concentración, respondiendo a las políticas dictadas por los organismos de crédito que parecen ser representantes de dichas familias.

De esta manera, bajo una lógica política y económica cuyo único fin parece ser el incremento de la riqueza de unos pocos frente al empobrecimiento de cada vez más personas en el mundo, los gobiernos de muchos países, obligados a responder a las presiones de la economía de los más poderosos, quedan absolutamente vaciados de contenido. Las democracias pasan a ser también un atajo de muy fácil acceso para los experimentos de las derechas más retrógradas y extremas. El enorme poder económico de los partidos del establishment les permite tener a su servicio a los principales medios de comunica-

ción, desarrollar las campañas políticas más costosas, utilizar esos medios y las redes sociales para difundir noticias falsas y, de esa forma, fomentar el descrédito de líderes políticos de otros partidos, contar con el apoyo de los empresarios nacionales e internacionales con intereses en el territorio, etc. Al mismo tiempo, dado que no se trata de experiencias aisladas y muy fragmentadas, sino que, tal como dijimos más arriba, estamos frente a un despliegue mundial de este tipo de gobiernos, debemos estar más atentos que nunca a sus consecuencias y, en definitiva, al devenir de nuestras sociedades, tanto en los planos político y económico como en lo que hace a las reestructuraciones que las sociedades se den a partir, o una vez transcurrido, el paso de esas derechas.

Como alguien dijo alguna vez “los pueblos no se suicidan” y podríamos agregar que resisten a los asesinatos masivos revolucionando las estructuras vigentes. Es cierto que la historia no se repite de la misma forma, pero, en algún momento, cuando las inequidades se produjeron a gran escala, los conflictos escalaron de tal manera que terminaron transformando relaciones sociales a nivel global. No somos quienes para hacer una predicción certera sobre si esas transformaciones se van a producir y, menos aún, en qué dirección lo van a hacer, pero sí podemos señalar que muchas de las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales vigentes ya no responden a las necesidades del buen vivir de la sociedad en su conjunto. Asimismo, tal como dijimos más arriba, nuestra propia finitud nos va a impedir ser testigos de la historia, ni siquiera de

la que parece mas cercana. Pero, definitivamente somos testigos de estos tiempos y estamos obligados a poner nuestra “función intelectual”¹ al servicio del pensamiento colectivo. Tal vez haya transformaciones que no vamos a presenciar, pero algunas sí se están sucediendo en forma vertiginosa, muchas de ellas mencionadas en este editorial. En ese camino las categorías, y varias de las concepciones teóricas con las que contamos, no nos permiten dar cuenta de todo lo que está sucediendo. Las perspectivas teóricas en las que supimos sostener gran parte de nuestras propias especulaciones acerca de la realidad social parecen debilitarse o, por lo menos, perder algunos de los parámetros sobre los cuales se estructuraban. Entonces, nuestra obligación es aún mayor que en tiempos de simple interpretación de un suceder normal o de conflictos recurrentes de las sociedades. Debemos tratar de reinterpretar, de generar nuevas teorías, formas novedosas de observar procesos inéditos. Nos da la impresión que, en muchas ocasiones, las miradas sobre lo social buscan desesperadas, y sin demasiado éxito, respuestas en el pasado y en las teorías que lo interpretaban. Si seguimos por esos caminos no nos quedará más destino que la frustración o cierto conformismo desganado en nuestra profesión de intelectuales. Por ese motivo, el desafío es complejo, de largo alcance, quizás doloroso para los que no lleguemos o no podamos generar esa comprensión, pero imperioso para estar a la altura de los tiempos.

Notas

¹ Dice Gramsci: “Cuando se distingue entre intelectuales y no-intelectuales se refiere uno en realidad y exclusivamente a la función social inmediata de la categoría profesional de los intelectuales, o sea, se piensa en la dirección que gravita el peso mayor de la actividad profesional específica; en la elaboración intelectual o en el esfuerzo nervioso-muscular”